

## San Miguel La Labor, o las sobras de una hacienda\*

SERGIO PERELLÓ

En el presente artículo se quieren analizar diferentes aspectos de la vida de una localidad indígena que lleva por nombre San Miguel La Labor, pertenece al municipio de San Felipe del Progreso, Estado de México. La comunidad se localiza aproximadamente a 50 Kms al norte de la ciudad de Toluca. Se pretende ver la vida económica interna y la incidencia en ella de otros aspectos de las relaciones sociales, explicando asimismo, la relación que este pueblo guarda como unidad productora-consumidora con el resto y conjunto de la economía nacional. Por último se pretende analizar los cambios que este sistema nacional provoca en las relaciones económicas internas.

San Miguel La Labor era una hacienda destinada al cultivo del zacatón<sup>1</sup> hasta el primer tercio del siglo xx. Aún se puede ver en el lugar los restos de una vegetación de pinos y encinos que debe haber tenido en abundancia los montes en donde está enclavado lo que ahora es el ejido de San Miguel La Labor. Esos montes se ven actualmente parcelados y urgidos de dar maíz a una población mazahua que lentamente agota su mundo tradicional a escasos kilómetros de lo que solemos llamar civilización.

Para 1972, la comunidad consta de 1923 habitantes y está asentada sobre 645 hectáreas de tierra, tipo arenal, en donde existe riego sólo para el 10% de ellas. El resto de la tierra es de temporal. Las 645 Has están

---

\* Los datos de este trabajo son producto de una investigación de campo efectuada a principios de 1972 en el municipio de San Felipe del Progreso. El trabajo de campo en esta zona mazahua fue realizado por varios alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, entre los que se encuentra el autor, bajo la valiosa dirección del profesor Ricardo Pozas.

Este artículo presenta los resultados parciales obtenidos del manejo de los datos de una sola de las comunidades estudiadas. El resto del material producido en la investigación del campo constituye la base de otro trabajo más amplio sobre la región. Dicho trabajo se pretende publicar más adelante con el concurso de otros participantes en la investigación.

repartidas entre 216 ejidatarios, de los cuales sólo unos 20 poseen riego, y 2 propietarios no ejidatarios que entre ambos tienen 31 Has.

Hasta hace poco tiempo el pueblo se encontraba prácticamente incomunicado a vehículos de motor, aunque existía una serie de veredas que lo unían a los pueblos vecinos. Pero hace menos de 4 años, una compañía productora de diatomita que extrae mineral en la zona, abrió un camino de tierra por el que puede transitar un camión con el fin de llegar a la mina, la cual es de superficie y, por su volumen de producción, no puede dar empleo a los habitantes de La Labor. Pero este camino pasa muy cerca del pueblo y de algún modo ha venido a influir en su vida. De hecho el camino ha acelerado una serie de cambios que se estaban efectuando en la comunidad.

Por otra parte, los pocos árboles que hay, están en un monte que pertenece al pueblo aledaño de Santa Ana Nichi, y no alcanzan a proteger a La Labor de un inclemente viento de cañada que corre libremente sin vegetación alta que se le interponga, portando el polvo y la tierra sueltos característicos del lugar, o bien la humedad de una presa cercana que azota con reumas a los viejos. Pero no es de esa presa de donde obtienen el poco riego que existe, pues se encuentra por debajo del nivel del pueblo; son 2 riachuelos que van tomando el nombre del lugar por donde pasan los que mojan algunas parcelas del pueblo. Pero las características arenosas del suelo también obligan a estos ríos a correr su trayecto por un lecho que se sitúa entre 2 y 5 metros debajo del nivel de las parcelas, por lo que es necesario construir represas cuando entran a los límites del pueblo para poder aprovechar el agua que llevan; y aún con eso son muy pocas las parcelas que logran regar. Hay que agregar que estos ríos nacen en tierras de otro pueblo situado más arriba y ya llegan a La Labor con poca agua, de la cual no pueden aprovecharla en su totalidad porque es parte de la alimentación de la mencionada presa, y aún ante de llegar allí tiene que utilizarse como riego en otro pueblo más, con el que ya ha habido dificultades por ese motivo. A pesar de haber agua en la zona, faltan todavía muchas pequeñas obras de irrigación para poder aprovecharla.

Siguiendo con la descripción, apreciamos que en una pequeña parcela en medio del pueblo, que hace las veces de tierra de agostadero, se ven algunos bueyes y vacas (no más de 10) al lado de unas cuantas ovejas (menos de 30) cuidados todos por un puñado de niños que, por lo mismo, por cumplir su parte en la economía familiar, no asisten a la única escuela del lugar, de tal modo que en la escuela nunca hay más del 40% de los niños en edad escolar.

Además de los bueyes, que son utilizados como bestias de tiro para el arado, en el pueblo hay también algunos burros que sirven para la carga y transportes de mercancías. Las ovejas dan lana para tejer zarapes en forma familiar y alguna otra prenda de vestir, y muy raramente son utilizados como carne comestible. Los escasos caballos que existen los

utilizan sus afortunados dueños como medio de transporte y carga. Había puercos y aves de corral pero una reciente epidemia acabó con ellos, subsistiendo nada más que las gallinas y guajolotes de un comerciante que, al mismo tiempo, además de tener una tienda, es uno de los 2 propietarios de tierra no ejidal que existen en la comunidad; fue el único que pudo conseguir a tiempo la vacuna. (El caso particular de este hombre, por las circunstancias propias que reviste y por el papel que juega en el pueblo será tratado más adelante).

Con un suelo y clima propicios para la siembra de zacatón, y en medio de una zona con talleres que explotan su raíz y habiendo recibido las tierras de la hacienda sembradas con ese producto, es curioso ver que en la actualidad el único zacatón que crece es utilizado como forraje para los animales. Más adelante veremos a qué responde esta situación.

Hoy en San Miguel La Labor la producción está destinada principalmente al autoconsumo. El cultivo fundamental es el maíz, pero también se siembran habas, frijol y existen muchos magueyes de donde sacan el pulque, que constituye un necesario complemento alimenticio para la población. Por la cantidad de magueyes en explotación se puede pensar que producen pulque para venderlo al mercado; lo comprarían algunos arrieros que a ello se dedican. Pero esto no fue posible cuantificarlo debido a que todas las informaciones eran en el sentido de que el pulque se consumía y no se vendía a los trajineros, aunque ello lo estuvieran haciendo en nuestras narices. El motivo por el que negaban la venta del pulque era, con toda seguridad, porque nos confundían, entre otras cosas, con inspectores de pulque, con quienes ya han tenido problemas en ocasiones al tratar de cobrar impuestos que vuelve incosteable el raspar los magueyes. Nunca quedó muy clara en la comunidad nuestra presencia.

El caso es que se puede pensar que una cierta cantidad de pulque la venden algunos campesinos a comerciantes que a lomo de burro recorren varios pueblos comprando pequeñas cantidades. Otro producto que venden al mercado nacional es la carne en pie de ovejas y vacas, las que eventualmente tienen que venderse por extrema necesidad o por un gasto extraordinario que el dueño tenga que efectuar. Pero no todos los ejidatarios tienen ovejas ni todos utilizan la lana de las que existen para tejer mantas y zarapes, además de que estos productos son consumidos directamente por quien los elabora, de tal modo que no puede considerarse que estos animales, al igual que las aves de corral, estén destinados al intercambio, sobre todo considerando el poco número que hay de ellos y a la eventualidad con que se realizan las operaciones de venta. Pero de todos modos representa a la larga un ingreso extra para sus poseedores.

Como puede verse, la producción destinada al intercambio ocupa un lugar secundario; eso es, que el producto complementario derivado de otras actividades que no sea el cultivo de la tierra se convierte en mer-

canía sólo en forma esporádica. En todo caso el producto que normalmente puede ser comercializado es el propio maíz. Nuevamente es la siembra la que puede generar un producto para el mercado. En torno a la tierra gira toda su vida y en base a su relación con ella se definen como campesinos, como ejidatarios.

La tierra la poseen en tanto que constituyen colectivamente un pueblo y viven en él, pero la explotan en forma individual. Nuestra legislación agraria conoce esta forma de posesión como un ejido parcelado individualmente. Cada ejidatario tiene su parcela y la explota con sus propios recursos ayudado por su familia, aunque la ayuda en forma de trabajo entre ejidatarios y el préstamo de tierra a quien la necesita es algo frecuente en la comunidad. Pero el producto de la siembra normalmente está destinado al consumo familiar. Por supuesto, aparece como una excepción —pero existe— el que algunos ejidatarios tengan algo más de tierra que el promedio, que es de 3 Has, y puedan por lo mismo destinar parte del producto al mercado. Por mercado entendemos aquí el mercado nacional, pues cualquier producto de la tierra no tiene cabida entre quienes localmente también pueden sembrarlo. Un ejemplo de ello es el que no haya nadie en el pueblo que venda tortilla, y el hecho de que no se les considere como una mercancía. Pero los que no tienen tierra sí compran maíz a los comerciantes que previamente han comprado a los productores lo que éstos calcularon que no consumirían.

Con todo, el pueblo produce algo más de maíz del que consume. Este maíz no consumido lo compra la CONASUPO a un precio, en 1972, de 960 pesos por tonelada menos impuestos y una merma por humedad y calidad del grano. Pero no es el productor directo quien lleva su propio maíz a vender, pues la bodega más cercana de la CONASUPO se encuentra en otro pueblo a 15 Kms por un camino de tierra, o a un poco menos atravesando los montes. Aunque el productor puede sacar el maíz a lomo de mula, si la tiene —y hay quien lo hace—, lo normal es que lo venda a los comerciantes locales (en especial uno que tiene una camioneta de redilas) a un precio bastante más bajo. Aquí no es el caso en que el producto sea vendido a *los* comerciantes, sino *al* comerciante.<sup>2</sup> A pesar del precio más bajo que el comerciante paga, al productor le conviene vendérselo, pues en caso de ir a la CONASUPO tendrá que cobrar en otro pueblo donde se encuentra el banco pagador, y para ello tendrá que desplazarse, una vez entregado el maíz, a la cabecera municipal y desde allí tomar un camión que hace el servicio regular hasta donde se encuentra la sucursal del banco, donde con toda seguridad tendrá que pernoctar y hacer una serie de gastos por alimentación y transporte que prácticamente hacen incosteable llevar el maíz a la bodega de la CONASUPO; y todo eso si lo que va a vender excede a los 100 Kgs (y no siempre llega a esa cantidad lo que puede vender) requeridos para efectuar la transacción.

Por otra parte, los que no tienen una parcela están obligados a trabajar como peones en otro lugar, ya que en el pueblo tienen muy poco que hacer. Suelen ir a los pueblos cercanos. En Santa Ana Nichi los contratan para extraer el zacatón en las propiedades privadas; en Pueblo Nuevo, en cambio, son los mismos ejidatarios quienes los utilizan para sacar la raíz, aunque esta contratación de peones por parte de un ejidatario está prohibida por la ley agraria. Finalmente, muchos de ellos emigran a la ciudad de México o simplemente a Toluca a trabajar, casi siempre, como albañiles o vendedores ambulantes. Algunos van por un tiempo a la ciudad y regresan, pero otros se quedan definitivamente en ella. Por lo general tienen un conocido en la ciudad, también mazahua, que los conecta con algún trabajo.<sup>3</sup> Con esta perspectiva el futuro de las próximas generaciones mazahuas de esta localidad es engrosar el ejército de reserva o las filas obreras en las ciudades. La desocupación y el subempleo son las alternativas reales más cercanas para la mayoría de ellos. Sólo unos cuantos podrán quedarse en la comunidad teniendo tierra y reproduciendo las condiciones existentes, otros más serán jornaleros agrícolas.

Volviendo al interior de la comunidad encontramos que la alimentación de la gente es a base de maíz, tomate, haba —que se siembra localmente en pequeña escala—, cebolla, eventualmente sardinas enlatadas, chile, pulque y sal. Hay un breve complemento en la dieta que consta de frutas y algunas verduras que al igual que la sal y las sardinas son adquiridas en las tiendas locales. Es en estas tiendas donde viene a parar parte del excedente producido por el campesino. Estas tiendas que en total son 4, proporcionan a los campesinos otros productos necesarios para ellos, como alfileres, zapatos, telas, refrescos, hilo, aguardiente, etcétera; y la obtención de estos productos se logra mediante el pago en moneda que han obtenido al vender sus propios productos. Pero éstos son vendidos, por regla general, a los mismos comerciantes que les proporcionan las otras mercancías. Y son ellos los que obtienen un beneficio tanto por el maíz que compran como por las mercancías que venden. Parte del maíz lo vuelven a vender a los propios productores cuando escasea, logrando una ganancia.

Los productos manufacturados que los comerciantes venden —no es el caso de las frutas y verduras—, provienen de las zonas industriales metropolitanas y para ellas San Miguel La Labor, como muchos otros pequeños pueblos, cumplen el papel de consumidores. En este consumo no sólo lleva una ganancia el comerciante local, sino por supuesto el propio industrial y uno o más distribuidores mercantiles. Y es aquí donde llega otra parte del excedente producido en La Labor.

El artículo donde más claramente podemos ejemplificar esta relación es en los refrescos embotellados, de gran consumo en el pueblo. El refresco lo introduce un comerciante, precisamente el único que tiene una camioneta, y él lo vende al público y a los otros tres tenderos. Pero a su

vez él lo compró en una tienda algo más grande que la suya que se encuentra en otro pueblo, con un descuento sobre el precio al público. Esta última tienda lo adquiere directamente de un distribuidor foráneo de la embotelladora. Cuando el refresco es consumido finalmente en La Labor su precio es exageradamente más alto que en cualquier otra ciudad de la República.

En este proceso podemos ver uno de los mecanismos de superexplotación ejercido al campesino mediante el intercambio desigual, o para no caer en generalizaciones aparentemente precipitadas, por lo menos a los campesinos de esta comunidad. Pero en esto también podemos ver la necesidad estructural del sistema económico global de incrementar la producción en las comunidades indígenas o, propiamente dicho, campesinas con el fin de integrarlas al mercado consumidor sin caer en un proceso inflacionario, más que para obtener un producto agrícola necesario en las ciudades.

Así, viendo este pueblo como una unidad productora-consumidora, encontramos que el producto no consumido, el producto para el mercado, en dinero es inferior a los productos provenientes de fuera de la localidad, tales como refrescos, sombreros, hilo, telas, zapatos, latas, aguardiente, etcétera. Si estas mercancías las adquiriera el campesino a su costo real, el producto que destina al mercado, dado su bajo nivel de consumo, podría llegar a ser el equivalente quizás a lo consumido del exterior. Pero el costo de las mercancías que consume, según vimos, es más alto que el costo del producto agrícola que destina a la venta, entre otras cosas debido a las características que envuelven la adquisición de las primeras; de modo que podríamos pensar en una constante descapitalización de la comunidad. Llegaría el momento en que no podría seguir consumiendo. Pero por el contrario el consumo, como en todas partes, aumenta lenta pero gradualmente, a pesar de que su producción permanece estable.

La forma en que la comunidad como tal resuelve esta contradicción, es obteniendo un ingreso extra fuera de ella misma: obteniendo la diferencia monetaria que necesita para el consumo mediante la venta de fuerza de trabajo. Esto es, saliendo a trabajar a otra parte. Una posibilidad es hacerlo en los pueblos vecinos y otra en las ciudades.

En el primer caso, el salario que obtienen fuera de la comunidad cotidianamente los que trabajan como peones, viene siendo el equivalente de los productos agrícolas (fundamentalmente maíz) que consumen dentro de ella quienes no lo producen. De tal modo, la producción global de la comunidad se reparte entre la subsistencia de los que producen directamente en ella, la subsistencia de quienes no producen en ella, y el consumo de mercancías provenientes del exterior. Tal parece que quienes trabajan en los alrededores son, si cabe la distinción, los más pobres del pueblo ya que el salario de la zona es muy bajo dadas las características laborales de la región. Muchos de ellos no tienen tierra pero viven allí

por ser hijos de ejidatarios. Pero ellos también consumen lo que aquí hemos llamado manufacturas: hilo, refrescos, etcétera. Lo que obtienen como peones les permite la compra de lo que la comunidad produce, pero no les permite comprar las manufacturas mencionadas. Entonces tienen que producir mercancías de uso local, tales como cohetes o teja para las casas, o prestar servicios a los demás campesinos en sus labores agrícolas, para obtener el equivalente del costo de las mercancías de origen industrial que ellos consumen. De esta manera se diluye en toda la comunidad la necesidad de obtener el equivalente del consumo de mercancías industriales de quienes no producen dentro de la comunidad y trabajan como peones. La comunidad como tal tiene que introducir en ella este equivalente, y es aquí cuando viene la segunda alternativa: el campesino tiene que llegar a la ciudad para obtener ese complemento que no satisface con su propia producción.

El tiempo libre que le queda al campesino entre las labores que la tierra le exige, lo utiliza eventualmente para ir a trabajar a la ciudad de México. Pero ya es por todos conocido que en las ciudades no sobran las posibilidades de trabajar, por lo que venderá su fuerza por debajo de su valor real, o bien obtendrá un subempleo como revendedor de cualquier cosa. Al buscar el complemento que necesita en las ciudades, se cumplen básicamente 3 funciones: a) abaratar el costo de la fuerza de trabajo en las ciudades, tanto por el incremento de la oferta como por tener en las relaciones económicas de su pueblo un ingreso que substituye una parte del salario; b) devolver al campesino a su pueblo por el arraigo que tiene a su parcela, pero ahora quizá como portador de nuevas necesidades; c) garantizar la continuidad del consumo en aquella comunidad al regresar con parte del complemento que se necesita para ello. Aquí se cumple el último paso por el que la comunidad puede aumentar su consumo sin aumentar la producción.

Podríamos decir que en todo esto estamos viendo la necesidad estructural de la migración de los mazahuas, que ya en la ciudad vemos transformados en albañiles, "marías", sirvientas o vendedores ambulantes. Pero esto también es consecuencia de otro tipo de migración, la que se podría llamar definitiva, motivada por la carencia de tierra que sufren las nuevas generaciones. Esto ocasiona que a nivel regional también haya una saturación de la oferta de mano de obra, y unido ello a la pauperización ecológica derivada del creciente consumo de agua en la ciudad, (la zona mazahua se encuentra en la cuenca del río Lerma) da lugar a que no haya para muchos otro remedio que emigrar. Esta migración es más o menos definitiva, al igual que la que produce los violentos pleitos que suelen ocurrir en los pueblos de la zona por diversas índoles, siempre con un trasfondo económico.

Las migraciones estacionarias, el trabajo en los pueblos cercanos y la salida definitiva de algunos de sus miembros, permite que la comunidad

obtenga el complemento necesario para estabilizarse en un consumo más o menos creciente.

A nadie extrañará que los campesinos no sean conscientes del mecanismo que los obliga a salir periódicamente de su pueblo, sin embargo todos ellos tienen una buena razón ideológica para hacerlo, ya sea que tengan un amigo en México que los invita a ir, ya sea que se enojen con algún familiar o vayan a visitar a otro a la ciudad, o que en alguna ocasión fueron y les gustó, o bien querían irse para siempre pero se “can-saron”, o tuvieron un pleito en el pueblo; pero también hay quienes con mayor conciencia salen simplemente a “hacer su luchita”.

Hemos hablado antes sobre el hecho de que las condiciones de la producción capitalista exige que todos los miembros o todas las familias de la comunidad tengan que consumir productos manufacturados, por lo que todas las familias necesitan disponer de una cierta cantidad de dinero para realizarlo. Hemos visto que la elaboración de ciertos productos de consumo interno, tales como cohetes o disfraces para las fiestas y hasta algunos servicios prestados constituyen el mecanismo que permite una redistribución más o menos equitativa del ingreso global local entre los miembros de la comunidad; se entiende que este ingreso global lo constituye la propia producción local y el complemento monetario obtenido fuera de ella. Pero en general son las fiestas y las tradiciones ligadas a ellas las que mayormente permiten la redistribución de este ingreso complementario y de lo obtenido por la producción destinada al mercado.

Las bodas, bautizos y otras fiestas de carácter individual son festejados normalmente por una buena parte de la comunidad además de la familia. En ellas el “festejado” es quien ofrece la fiesta efectuando un gasto según la medida de sus posibilidades y deseo de “prestigio”. Además de la comida a base de productos locales, también se consumen mercancías manufacturadas; principalmente son refrescos, pólvora para los cohetes y algunas otras. En el caso de una boda es el padrino —por lo general alguien a quien “le haya ido bien”— quien ofrece la fiesta o parte de ella, de modo que el consumo que la comunidad realiza ese día corre por parte de quien tiene posibilidades de hacer en una ocasión un gasto extra.

Las bodas, vistas en detalle, son altamente ilustrativas de las condiciones de vida del pueblo. Los jóvenes se conocen oficialmente en la iglesia; a la salida de misa en otro pueblo (en La Labor no hay cura) el hombre invita a la mujer a tomar un refresco, hablan un poco y si ella acepta tomarlo automáticamente se convierten en novios. Por supuesto, y en forma extraoficial, ellos dos ya se habrán conocido con anterioridad y literalmente se “habrán echado las luces”. Esto es un particular sistema de coqueteo donde uno de ellos —generalmente el hombre—, mediante un espejo circular de bolsillo (adquirido en alguna tienda e imprescindible en el ajuar de todo joven casadero), refleja la luz solar en el rostro del otro, el cual, a su vez, contesta la llamada de atención con

su propio espejo. Posteriormente, cuando ya han hablado refresco en mano y se han convertido en novios, el padre del varón pide la novia para su hijo a los padres de ella. En esta ceremonia el padre de la novia es agasajado con aguardiente, mole, frutas y otros regalos, quedando comprometida la pareja desde ese momento. A partir de entonces la novia se va a vivir con el novio a casa de los padres de éste, nombrándose a sí mismos "amancebados". La boda religiosa y por ende civil se efectuará entre 6 meses y 2 años después. En ella habrá otra fiesta similar pero con acceso a más gente. En esta ocasión será el padre de la novia y el padrino quienes ofrezcan el convite. Nuevamente irán a vivir a la casa de los padres del varón hasta que el nuevo matrimonio pueda construirse su propia casa y vivir independientemente con sus propios recursos. Como es de suponer, cuando la familia no tiene dinero para la fiesta, la boda no se efectúa ni el joven matrimonio va a vivir a otra parte, por lo que es normal encontrar un patrón de residencia patrilocal entre las nuevas generaciones que viven en La Labor. Las fiestas que rodean las bodas y otros acontecimientos del mismo orden, impiden necesariamente la posibilidad de acumular el pequeño excedente que puedan generar a quienes participan de ellas.

Otra parte de las relaciones sociales que en principio implica la redistribución entre los miembros de la comunidad, la constituyen las fiestas religiosas y el complejo sistema de mayordomías concomitante.

Cada fiesta religiosa tiene varios mayordomos. Hay un "mayordomo mayor" que de hecho es el responsable y principal encargado de una determinada fiesta, pero éste tiene una serie de ayudantes llamados igualmente mayordomos que a su vez también tienen ayudantes. En cada fiesta, el mayordomo mayor encargado de ella es quien tiene que pagar todo, pero él consiguió la mayor parte de lo que va a utilizar en la fiesta de manos de los mayordomos ayudantes, por lo que él sólo cooperará con una pequeña parte del costo total aunque ésta sea mayor que la de los ayudantes. Pero los mayordomos ayudantes consiguieron casi toda su parte del mismo modo, entre sus ayudantes, aligerando el monto de su contribución. De este modo, si bien el mayordomo mayor es el encargado de la fiesta y quien tenía que pagarla, han contribuido a ella por lo menos 20 adultos. Pero con tantas fiestas religiosas como tiene el pueblo en el transcurso del año, prácticamente toda la población adulta queda incluida en el sistema de las mayordomías, de tal modo que al final todos habrán gastado la parte de su producción que podrían haber, digamos, acumulado. Por supuesto, los que en un año gozan de un mayor excedente serán los que ocupen un cargo mayor en las fiestas.

El período que dura una mayordomía es de 4 u 8 años, y al finalizar el lapso tiene que ser entregado el cargo a un compadre. Después, éste tendrá que devolverlo a quien se lo dio o a un nuevo compadre si quien debía recibirlo no puede sostenerlo. Lo mismo ocurre para todo el sistema de ayudantes. La función que cumple finalmente este sistema

de ayudantías es diluir el costo de la fiesta entre una base social más amplia.

En una fiesta muy importante llega a haber hasta 14 mayordomos mayores. Este sistema culmina en la figura del fiscal, que es el encargado de cuidar permanentemente la iglesia. Este cargo es de elección popular y dura más de 10 años: hasta que se muera o el pueblo considere que necesita otro. Las funciones del fiscal, además del cuidado y mantenimiento de la iglesia, son las de ponerse de acuerdo con las autoridades civiles locales, los delegados municipales y el comisario ejidal, para hacer las colectas de todo tipo, ya sea para las fiestas junto a los mayordomos o bien para el mejoramiento de la escuela.

En San Miguel La Labor el fiscal es un personaje investido de autoridad que interviene en todo tipo de decisiones, aunque ello no lo haga en forma oficial. Incluso el cura que oficia en las fiestas religiosas, que vive en otro pueblo y acude cada vez que contratan sus servicios, se queja de la poca influencia que tiene en el lugar, de tal modo que los sermones, más que dirigirlos a los feligreses están destinados al convencimiento del fiscal, sin cuya decisión no se hace nada en el pueblo. El cura, al igual que Dios y como representante que es de Él, es querido pero no influye en las cosas terrenales: su reino está en el cielo.

Por otra parte las autoridades del pueblo constan de 3 delegados y un jefe de seguridad, los que son elegidos cada 3 años en una asamblea pública, a la que asiste un representante del presidente municipal, efectuándose en el recinto de la escuela. Las obligaciones de estas autoridades son las de acudir a la cabecera municipal cuando se les requiere, aprehender a los que cometen un delito, organizar las fainas o trabajo colectivo de beneficio público no remunerado y, extraoficialmente, ponerse de acuerdo con el fiscal para hacer las fiestas y organizar las colectas. También hay un comisario ejidal electo que además de sus propias funciones en el campo de lo agrario también participa en todas las funciones anteriores mencionadas para los delegados.

En La Labor, los mazahuas no hacen una clara distinción entre el papel de las diferentes autoridades; en cambio las funciones del fiscal y los mayordomos y ayudantes están bien definidas y diferenciadas.

Es en todo esto donde entra el poder del fiscal, en la medida que tiene que ver en todo lo que las autoridades hacen. Sus decisiones son tomadas muy en cuenta gracias a la ascendencia moral de que goza.

Tal parece que aquí se cruzan dos formas de poder distintas: una que se podría llamar tradicional, patriarcal si atendemos a que el fiscal es uno de los más viejos del lugar, un poder basado en la organización de la vida comunal y expresado actualmente en el control de las fiestas religiosas y su conservación; y otro poder formal, civil, que aunque definido constitucionalmente no logra deslindar claramente sus funciones entre los miembros de la comunidad, extraño a la misma, que no tiene arraigo

aunque sea democrático debido a las características electorales de la comunidad, un poder que representa a los mestizos y una forma de organización que éstos le imponen a los indígenas; un poder democrático pero ajeno, que se traduce en una organización formal de personas y una parcelación real de la tierra; un poder heredado por el convencimiento de la fuerza. Y este poder lo utiliza el municipio de tanto en tanto para mover políticamente a los habitantes de La Labor en esporádicos mítines de apoyo, y a cambio también de tanto en tanto las autoridades del pueblo usan ese poder, que les ha sido conferido por el municipio más que por el pueblo, para obtener ventajas sobre los demás, que no por mínimas dejan de serlo, por ejemplo ciertas pequeñas colectas para los viajes a la cabecera municipal.

Si bien no se puede afirmar que existan dos estructuras de poder paralelas, cuando menos aparece el sincretismo de viejas formas de organización y control, con una estructura de poder que en el seno de una población donde más de la mitad no habla castellano y con un porcentaje mayor de analfabetismo, les resulta incomprensible.

Regresemos ahora a otro aspecto de las fiestas religiosas del pueblo. Es frecuente oír entre antropólogos, que son precisamente las fiestas y los lazos de consanguinidad los que cohesionan internamente una comunidad indígena e integra a sus miembros como parte indispensable de ella. Ciertamente, las fiestas deben haber sido aquello que en otro modo de producción mantendría a los miembros de una comunidad en un estado igualitario entre sí, y por lo mismo, identificados al exterior tan sólo como miembros de ella. Ese estado igualitario se mantendría mediante el desgaste del excedente en obras de uso colectivo o en las fiestas de carácter religioso, y sólo podían obtener un beneficio adicional —en cuyo caso ya no es una redistribución del excedente— quienes tenían una función organizadora dentro de la sociedad y cuya posición era mantenida en el privilegio mediante el prestigio y el respeto cuando el cargo se obtenía por consenso popular, o bien por la fuerza si era hereditario o impuesto.

Pero he aquí que lo que en otro modo de producción cohesionaba homogéneamente a los miembros de una comunidad, en el capitalismo cumple el papel contrario, o sea el de descomponer a la sociedad en estratos y clases; aunque pueda seguir identificándose a todo el pueblo como explotado a pesar de su diferenciación interna. Estas formas superestructurales, precapitalistas en principio, tales como las fiestas religiosas de carácter público, juegan un rol muy importante cuando la comunidad se ha topado ya con el capitalismo, pero según veremos en un rol bien distinto.

Ahora, estas fiestas religiosas y lo que antes era la redistribución del excedente, permite que algunos miembros acumulen capital, o sea, se apropien de ese excedente, condición del capitalismo. La acumulación se realiza a dos niveles: uno interno y otro nacional.

Ya hemos visto que parte del producto no consumido por la comunidad llega a manos de los productores de manufacturas: los industriales. Otra parte es igualmente retenida por la red de circulación: los comerciantes. Hasta aquí sería la participación de esta pequeña comunidad en el proceso de acumulación de capital a escala nacional. Pero hay un segundo nivel, el interno, donde los comerciantes locales, y eventualmente alguna autoridad, obtienen parte del valor generado en el pueblo.

El comerciante más importante, uno de los dos únicos mestizos que hay en el lugar y a su vez los dos únicos propietarios privados, tiene el papel de introductor de la civilización en el pueblo, según ésta adopte forma de mercadería. Propiamente dicho es quien vende todo lo que el pueblo consume, pues a más de vender directamente al público abastece a los demás comerciantes. La razón de ello es que dada la dificultad para llegar al pueblo, los abastecedores regulares no van a él. Curiosamente, hay que salir para comprar. Y este comerciante tiene un camión que, aunque pequeño, puede cargar algo más de una tonelada en mercancías, la que es íntegramente consumida por la población hasta dos veces por semana.

La tienda la surte en Toluca, pero los refrescos, que forman el mayor volumen de sus transacciones, los adquiere semanalmente en la cabecera del municipio (cerca de 200 cajas de 25 refrescos por semana). Pero su negocio no es nada más la tienda. También posee 20 Has sembradas de maíz y tiene algunos animales (tres cabezas de ganado y aves de corral). Su maíz lo vende en la bodega de la CONASUPO, pero también lleva a vender el que le compra a otros ejidatarios, teniendo una ganancia por el transporte y otra por su mera comercialización (el argumento de comprar el maíz y tenerlo que vender en otro pueblo le permite pagarlo a 700 pesos tonelada). Pero por ser el único vehículo de motor del pueblo el que él tiene, se garantiza el monopolio del intercambio comercial con el exterior, pues a pesar de todo, a los campesinos les conviene más venderle el maíz al comerciante-acaparador que llevarlo, como ya se explicó anteriormente, a lomo de mula hasta la bodega donde lo puedan vender a mejor precio. Por lo mismo, todo lo que el campesino necesite se lo comprará a los comerciantes locales, que ya está dicho, los abastece uno solo.

Este comerciante, en resumen, tiene una ganancia por todo, hasta por llevar un enfermo a San Felipe del Progreso. Su riqueza, si bien objetivamente no es mucha, comparada con la de cualquier otro ejidatario es extremadamente grande, al grado de poder alquilar un tractor en otro pueblo para cultivar sus tierras.

Este hombre no fue siempre rico, aunque ciertamente siempre tuvo más tierra que cualquier ejidatario del lugar. Empezó sembrando y tuvo que comprar un animal de carga para sacar su producto del pueblo; y se vio de pronto inmerso en el arte del transporte de mercancías. A él sí le costaba sacar su maíz del pueblo para venderlo. Éste sólo hecho

le permitió a la larga acumular cierto capital, con el que pudo comprar un camión. Al tener el vehículo se convirtió de inmediato en el comprador natural de cualquier cosa que los lugareños pudieran vender, dada la facilidad con que podía sacarla de allí. Finalmente puso una tiendita y también se convirtió en el abastecedor natural del pueblo. Ahora gana por el producto de sus tierras, gana por la venta del maíz que le compra a los ejidatarios, gana por introducir mercancías manufacturadas en el pueblo y abastecer a los demás comerciantes y gana por vender caro al público. A partir de este momento, cualquier paso que dé este comerciante se transformará en capital en más o menos tiempo.

Su calidad de mestizo y el hecho de que no sea ejidatario, en cierta forma lo han separado del resto de la población y por lo mismo nunca ha podido participar ni como autoridad local ni en el sistema de mayordomías, aunque para éstas siempre haya tenido que cooperar económicamente "para no enemistarse con el pueblo". Su separación con la organización social y con el poder en La Labor, le ha facilitado transformar el dinero que dejan sus 20 hectáreas en capital. De otra forma, participando en la "vida" de la comunidad, sus 20 Has lo hubieran convertido quizás en un mayordomo permanente pero sin ayudantes.

Hay otro comerciante mucho menos importante que el arriba descrito pero más que los 2 restantes, que sólo venden aguardiente, limones, cigarros y refrescos. El comerciante en cuestión también vende de todo, o casi todo, pero se abastece del primero. Es un indígena que en uno de sus constantes viajes de trabajo a la capital obtuvo algo más de dinero que lo establecido por la costumbre y en vez de convertirlo en un mayor consumo lo capitalizó. Pero también obtuvo parte de ese capital inicial siendo delegado municipal y haciendo, según sus desinhibidas declaraciones, algunas colectas "para las fiestas". Todo ello reforzado por la amistad que tenía con el comerciante del camión, del cual era compadre y por ello estaba más o menos comprometido a surtirlo. Además de revender mercancía, el comerciante en cuestión también compra maíz, pero no el destinado al mercado sino el que consumirán los propios campesinos volviéndolo a comprar en tiempos de escasez pero a un precio mayor.

Este comerciante no es "rico", pero con seguridad acabará siéndolo por tener la posibilidad de retener una parte del producto del pueblo y poder convertirlo en capital.

A la larga, estos comerciantes serán los que hayan tenido más influencia en la promoción de cambios en el interior de la comunidad, pues si bien el maestro de escuela y el cura llegan a influir significativamente, lo hacen a niveles ideológicos ante los que la cohesión del pueblo y sus tradiciones se muestra reticente. En cambio los comerciantes introducen en la vida de la comunidad el establecimiento de relaciones sociales muy concretas y de nuevo tipo: una estratificación basada en el consumo y no en el prestigio, o bien una relación clasista en la medida que estos comerciantes lleguen a alquilar fuerza de trabajo.

A la acumulación descrita, se agrega la "originaria", pues según lo visto, las autoridades locales obtienen ganancias pequeñas pero seguras en las colectas que constantemente realizan. Según los que controlan el poco riego que hay en el lugar (un comité de aguas que sólo influye entre quienes resultan beneficiados por el riego, aunque en otro tiempo quizás haya tenido mayor significación), no había razón para que los delegados cobraran 50 pesos a cada ejidatario para la ampliación de la escuela, puesto que el material de construcción lo daba el gobierno y la mano de obra se obtenía mediante "fainas".

El control del agua es poder, y dadas las condiciones de violencia perennes de la región, las contradicciones entre este poder y el poder de los organizadores de colectas se expresa violentamente, enfrentando a 2 grupos: los que acaparan el agua y los que sin tenerla la desean. Por lo mismo, estos últimos marginan a los del comité de aguas de las decisiones que no tienen nada que ver con el riego, o sea, todas las demás decisiones, por lo que también los dejan en condición de criticarlas. Aunque en este caso el enfrentamiento entre grupos es por cuestiones objetivas, los campos de acción en la pugna no están del todo deslindados, pues si bien los delegados estaban haciendo la colecta con el beneplácito del fiscal, el comité de aguas entendía la participación de éste como imparcial, influidos por el tradicional respeto que el fiscal y su jerarquía merecen. Ellos no aludían a las posibles ganancias que éste pudiera tener por ser el tesorero de las colectas (otra forma de acumulación aunque posteriormente todavía no haya una capitalización). Esta pugna era la expresión objetiva de la inconformidad con el poder, o con una parte de él, pero no estaba dirigida aún contra los comerciantes, pues nadie los identificaba como una nueva clase antagónica en surgimiento. Por supuesto los comerciantes no participan en este tipo de querellas.

No es posible explicarnos la situación actual del pueblo sin echar una hojeada a su pasado inmediato; aquel pasado que se conserva fresco en la memoria de los viejos.

San Miguel La Labor era una hacienda dedicada al cultivo del zacatón. Los peones eran conseguidos en los pueblos circunvecinos, que no tenían suficiente tierra laborable y se veían obligados a trabajar como jornaleros en esta y otras haciendas cercanas. Pero la mayoría de los peones vivía dentro del latifundio, donde algunos tenían una parcela en calidad de préstamo en la que sembraban maíz, que como ya es sabido, hacía las veces de complemento al salario que recibían en forma de especie a través de una tienda de raya. Otros sólo tenían el salario, que consistía en 2 ó 3 cuartillos de maíz por semana.

Esta situación, que se agudizó en el transcurso del siglo XIX, aún tenía lugar en la zona mazahua en todo el primer tercio del presente siglo. Pero ya en esos años, al calor revolucionario que hacía bullir al país, los pueblos vecinos de la zona habían empezado a avanzar sobre la hacienda más por un descontento real hacia ella que por euforia polí-

tica. Este avance de los pueblos contestaba después de siglos la merma de tierras que habían sufrido por parte de las haciendas; pero ahora el avance estaba favorecido por un estallido general que impedía el enfrentamiento con un ejército represivo que pudiera defender a las haciendas, como hubiera ocurrido con anterioridad.

Paralelamente los peones acasillados de la hacienda, acaudillados por un tal Zacarías, también comenzaron a presionar a los hacendados y sus capataces dando lugar a verdaderos choques que culminaron con una serie de ataques contra el casco de la hacienda. Todo ello ocurría mientras en otras partes empezaba el reparto de tierras entre campesinos. Zacarías era, por así decirlo, el líder de los rebeldes dentro de los límites de la hacienda, pero no era el único inconforme en la región mazahua. Jacinto Pérez en Pueblo Nuevo (localidad muy cercana a La Labor) y, sobre todo, Mateo Sánchez en Jaltepec, habían formado verdaderos grupos armados que luchaban por la tierra como en el sur lo hiciera Zapata poco tiempo antes. La situación de muchos pueblos, incluyendo los mazahuas, no había sido resuelta con los cambios políticos en todo el país que siguieron al derrocamiento del gobierno del general Díaz. El gobierno federal se encontraba ahora enfrascado en una lucha contra villistas y zapatistas, permitiendo indirectamente los levantamientos locales. En este sentido, la lucha de los mazahuas (incluyendo muchos mestizos) coincidía coyunturalmente con la lucha zapatista, aunque no tuviera necesariamente contacto directo con ella o con su programa. Pero Zacarías sí tenía contacto con los otros líderes regionales mencionados y en alguna forma se apoyaba en ellos para desarrollar su propia batalla contra la hacienda de La Labor. Este apoyo llegó a ser en algún momento armado, pues al principio habían embestido contra la hacienda con palos y piedras, con la participación de todo mundo, incluyendo mujeres y niños.

Calmadas ya las lucha intestinas en el país en cierta forma, el gobierno federal dejó correr el programa de reparto agrario, pero no sin la presión física de los campesinos. Las demandas legales se habían hecho pero los juicios amenazaban prolongarse más de lo que la desesperación campesina podía resistir. Ante la presión arnuada en toda la zona se repartieron las haciendas; primero fue la de San Nicolás Guadalupe, y más adelante, en 1931, la de San Miguel La Labor.<sup>4</sup>

En el transcurso de esta "guerra", hubo un momento en que los dueños de la hacienda la vieron perdida, no sólo por el incontrolable descontento de los peones y los pueblos colindantes, sino también porque todas las condiciones a nivel nacional eran contrarias a ellos como hacendados, y debieron darse cuenta de que a la larga perderían la totalidad de sus tierras. Ante eso, trataron de sacar algún provecho de las adversas circunstancias a través de un cambio de propietario. Este "hombre de paja" comenzó a vender pequeñas parcelas a sus empleados y sirvientes de confianza. Finalmente el gobierno legalizó las ventas y expropió además

lo que los pueblos reclamaban, que era bastante, dejando aún una extensión de algo más de 600 Has. en manos de aquel hombre de paja. Las tierras fueron restituidas a los pueblos que las reclamaban y de hecho les pertenecían, mismas que ya habían comenzado a ocupar. Pero los embates de Zacarías y su gente, que en especial no eran de ninguno de esos pueblos, no por ello habían cesado, obligando al gobierno a embargar las 600 Has. restantes y entregarlas a los peones acasillados, creando un ejido que llevó por nombre el mismo que tenía la hacienda. Sólo quedaron 6 Has. en propiedad rodeando el casco de la hacienda, las que posteriormente se vendieron.

En 1935 la situación del ejido quedó legalizada, se parcelaron las tierras entre algo más de 200 jefes de familia, y los nuevos ejidatarios obtuvieron su título agrario. En este momento cada ejidatario roturó su parcela e hizo con ella lo que pudo, o sea, sembró maíz para su propia supervivencia. Prácticamente dejó de cultivarse el zacatón.

De algún modo, puede decirse que Zacarías es quien tomó en sus manos, aunque quizá tardíamente, la fase agraria de la Revolución mexicana, al mismo tiempo que Mateo Sánchez y Jacinto Pérez, que también eran mazahuas. Esta lucha coincidió, o se insertó, en el marco de las luchas agrarias que se estaban llevando a cabo en otras partes del país.

En La Labor, el ejido se formó después de que la hacienda había empezado a desmembrarse y ya otros pueblos se la repartieron, y aún después de que pequeños propietarios compraron algunos retazos de tierra de la misma. Lo que quedó a los peones después de ello, fueron las 645 hectáreas centrales. Pero La Labor no era un pueblo antes de que se constituyera la hacienda, sino que se formó a partir del desmembramiento de ésta, como un ejido, por tal motivo no tenía ni bosques, ni tierras comunales para pastos, ni un fundo legal donde se asentaran las casas del poblado. Los pueblos circundantes, en cambio, eran pueblos que existían antes de la hacienda y tenían ya tierras comunales aunque fuera de extensión muy reducida, por lo que pudieron reclamar como pueblos que eran los bosques de la hacienda que les pertenecían a ellos con anterioridad. Además no cambió la situación con respecto a su propio fundo legal donde se situaban las casas de los campesinos, teniendo muchos de ellos una parcela en propiedad además de sus casas. Con todo, la situación de los campesinos era muy difícil, al grado de que el incremento de tierras por el reparto de las haciendas constituyó apenas una salida temporal para esos pueblos, pero no definitiva.

San Miguel La Labor, en cambio, por su formación posterior carecía de todo eso: tierra comunal, fundo legal, bosques, agostadero; y actualmente continúa así, de tal modo que hasta la iglesia es la que existía dentro del casco de la hacienda.

Aquí cada ejidatario tiene su parcela o varios pedazos diseminados por el pueblo formando un total aproximado de 2 Has. Y no tienen

nada más. En los pueblos vecinos cada ejidatario vive en su casa, que es propiedad privada, y en ella tiene seguramente una milpita, además tiene su dotación ejidal o un pedazo de tierra comunal para sembrar (o ambos), además del uso que pueda hacer de los bosques y tierra de pastos.<sup>5</sup> En La Labor las tierras para que los animales pasten no alcanzan las 4 Has, todo lo demás es terreno ejidal y cada ejidatario vive en su parcela. La excepción la forman 3 tiendas colindantes con el casco, que constituyen una especie de centro del pueblo, la escuela con su propia parcela de 2 Has. y el casco en sí, con sus 6 Has. que son propiedad de un mestizo que vive en otro pueblo. Pero las tierras están dentro de La Labor, así como las 25 Has. totales del otro mestizo, aunque estas se encuentran en los límites del pueblo. Este último mestizo es hijo de una sirvienta de la hacienda, de aquellos que compraron un pedazo de tierra antes que empezara el reparto. Este es el "gran" comerciante mestizo al que hemos hecho alusión anteriormente. Los demás compradores quedaron dentro de la jurisdicción de los pueblos vecinos.

Con todo, La Labor pudo en un principio dedicar al uso común algo más de lo que ahora tienen, pero con el tiempo dos pueblos vecinos, Santa Ana Nichi primero y La Laguna después, le arrebataron casi todo mediante un "acuerdo" entre los comisarios ejidales, del que aparentemente, según siempre los informantes, las autoridades federales no están al tanto. Sin embargo, atendiendo a las condiciones asfixiantes en que se mueve el pueblo y a la imposibilidad de ejercer un control forestal, las autoridades de Santa Ana Nichi permiten a los habitantes de La Labor extraer un poco de madera para uso doméstico de sus bosques, pues resulta indispensable por ser la única fuente de energía calorífica. Ese monte boscoso, aunque pertenece a Nichi, está más cerca de La Labor que de sus dueños.

En síntesis, San Miguel La Labor, en los 40 años que tiene de ser ejido, se ha convertido en incipiente consumidor de la industria nacional; pero sobre todo ha llegado a ser en gran medida un proveedor de fuerza de trabajo disponible para ser comprada. La producción agrícola ha quedado en un segundo plano. La limitada producción no consumida que llega al mercado nacional y las condiciones en que ésta se realiza obliga a sus habitantes a salir del pueblo con fines de trabajo. Este trabajo sólo es posible venderlo —aquellos que no tienen tierra y siguen viviendo en la comunidad— en los ejidos cercanos donde el desarrollo del capitalismo ha polarizado económicamente a sus habitantes, permitiendo que una pequeña porción de ellos tengan los recursos suficientes para alquilar mano de obra. También es posible vender ese trabajo entre los propietarios privados de la región. Pero también son los obreros de las grandes metrópolis —en forma eventual si tienen tierra— o simplemente subempleados. En cualquiera de los tres casos su trabajo no es remunerado en todo su valor, o ni siquiera al precio normal (salario mí-

nimo) del trabajo en el mercado, puesto que su subsistencia es completada con la producción agrícola.

Hacia el exterior, en la producción nacional, el pueblo contribuye con su grano de arena —unas cuantas toneladas de maíz destinadas al mercado por todo el pueblo producidas a un costo que no es pagado íntegramente— transfiriendo así cierto valor a otros sectores de la producción en la medida que las mercancías que ellos compran las pagan por encima de su costo real.

Al interior mismo de la comunidad, este vender barato y comprar caro se traduce en que algunos miembros del pueblo acumulen cierto capital en tanto puedan retener una parte del producto de los otros en forma de ganancia comercial. Esta capitalización todavía no es aprovechada para comprar fuerza de trabajo internamente; este proceso, que lleva a la formación de clases sociales antagónicas, se encuentra en germen en La Labor. Puede decirse que, a excepción de los dos comerciantes a que se ha hecho referencia, el resto de la comunidad es explotada como un conjunto de clases sociales: productores directos, semiproletarios y jornaleros, a quienes no se les paga totalmente el valor de su trabajo dado que, además de la plusvalía que genera cualquier trabajador, pueden ejercerse en este caso mecanismos de superexplotación complementando el bajo salario con la producción agrícola del pueblo. Aunque las parcelas no pertenezcan necesariamente a los jornaleros, debe considerarse aquí todos los mecanismos internos redistributivos que hacen, en la práctica, que la producción de toda la comunidad pertenezca de hecho a todos los miembros de la comunidad, ocurriendo lo mismo con el ingreso de quienes trabajan fuera del pueblo. Ya se ha dicho que estas formas redistributivas se dan a un nivel superestructural: fiestas, mayordomías y tradiciones de un modo de producción no capitalista que se encuentran arraigadas en la ideología de estos campesinos y que de ningún modo les da su razón de ser y de reproducirse como tales. Pero cabe decir que la comunidad, si vale el descabellado ejemplo, se mantiene como una gran familia en lo referente a las relaciones más o menos igualitarias que guardan sus miembros. En esa familia el ingreso total se distribuye mediante normas extraeconómicas atendiendo más a las necesidades de cada quien que a la aportación de cada quien. Pero también en esta familia hay ovejas negras —los comerciantes, en este caso—, que juegan con nuevas reglas de las que sacan provecho individual: reglas capitalistas. Y también algunos buenos hijos del pueblo, mediante colectas, se llevan una mayor parte de lo que en principio les tocaba, dando la posibilidad de que algún día lleguen a jugar igualmente con las nuevas reglas.

Por otra parte no puede decirse que el destino de La Labor sea el de polarizarse en dos clases antagónicas en que una posea los medios de producción y otra la fuerza de trabajo. No. Si bien este proceso puede verse como tendencia y puede llegar a darse, hay de por medio una Reforma Agraria que le garantiza, al poseedor de la fuerza de trabajo, un

pedazo de tierra que entre otras cosas permite que el jornalero no llegue a identificarse a sí mismo como tal, sino como campesino, retardando la aparición de una conciencia de clase. También permite que su salario no sea pagado íntegramente ya que puede complementarlo con el producto de su parcela, aunque él sienta que el salario recibido es lo que complementa esa producción agrícola.

Esto también repercute en una forzada ayuda a la industrialización de las ciudades donde obreros del tipo que salen de La Labor en forma eventual prestan sus servicios. La ciudad tiene, en pueblos de este tipo, además de un mercado para sus productos, una producción agrícola barata, vendida por debajo de su valor, y fuerza de trabajo igualmente barata.

El valor que transfiere esta comunidad se queda en la red de circulación de mercancías, en manos de los comerciantes, desde el comerciante local hasta los distribuidores a nivel nacional. Este valor se acumula y se transforma en capital: comercial, agrícola y, con el tiempo, capital industrial. Pero otra parte del valor queda directamente en la industria, o propiamente dicho, en el industrial, el empresario. Ello no quiere decir que la ganancia del capitalista provenga del campesino y no de la plusvalía que arranca a sus obreros, pero sí dice que en la medida que la producción agrícola está pagada a menos de su valor, y en la medida que el caso de San Miguel La Labor sea representativo de un mayor número de pueblos "indígenas", parte de los salarios que el capitalista debería pagar para que los obreros obtuvieran esa producción agrícola, la "paga" el propio campesino, permitiendo así una parte de la desmedida ganancia del empresario.

<sup>1</sup> El zacatón es una hierba alta de clima frío que puede ser utilizada como forraje. También tiene una raíz fibrosa muy abundante que es la que concretamente se utiliza en la zona. Esta raíz es usada por su dureza y resistencia para hacer escobas y escobetas. Por mucho tiempo, antes de la introducción de las fibras sintéticas, fue un producto de exportación. La raíz es limpiada, tratada, cortada y clasificada en talleres que se encuentran en San Felipe. Pero antes de la expropiación de las haciendas los talleres se encontraban dentro de las mismas y garantizaban la existencia de la materia prima con su cultivo en la inmensidad de sus tierras. Algunos pueblos continuaron con el cultivo de zacatón una vez que obtuvieron la tierra, y vendían el producto a los talleres que se habían establecido en la cabecera municipal, por cuenta, en ciertos casos, de los propios hacendados. Pero La Labor roturó la tierra y sembró maíz donde antes había zacatón, rompiendo totalmente con la producción anterior y todo lo que con ella tuviera que ver.

<sup>2</sup> La Labor es un poblado con menos de 2.000 personas, compuesto de 200 familias de ejidatarios y 100 familias más sin tierra. Por ello las relaciones económicas que se establecen son aprehensibles en detalle. Y es este detalle lo que permite entender el conjunto de las relaciones.

- <sup>3</sup> Aquí no tratamos el problema de los “enganchadores”, aunque es un hecho el que éstos existen y muchas veces también sean mazahuas. El papel de los enganchadores es conseguir gente para ciertas compañías que producen mercancías que se venden en las calles de la ciudad. Los mazahuas, entonces, son los vendedores. Pero desde su punto de vista, el enganchador es quien les da trabajo, aunque éste esté sumamente mal remunerado y carezca de todo tipo de prestaciones. A los industriales que así venden su producto les conviene trabajar con ellos, y a los mazahuas no les queda otro remedio dado que no pueden hacer otra cosa ni en su tierra ni en una ciudad de por sí con una gran masa de desocupados.
- <sup>4</sup> Posteriormente Zacarías entró en contradicción con Mateo Sánchez, que siguió luchando después del reparto agrario y, según los informantes, “asolando la región” y peleando con los pueblos vecinos. Zacarías, como jefe indiscutido de La Labor, siguió organizando la defensa del pueblo, pero ahora contra Mateo Sánchez. Mateo acabó con Zacarías y le quitó las armas al pueblo, mismas que él les había facilitado anteriormente. Finalmente el ejército regular persiguió a Mateo Sánchez hasta aniquilarlo.
- <sup>5</sup> En Pueblo Nuevo la dotación ejidal está dedicada al cultivo de zacatón. A cada ejidatario se le asigna una “tira” de tierra para que de ella pueda extraer la raíz, la cual venden a los talleres de San Felipe del Progreso. Por lo mismo, algunos campesinos utilizan con la autorización del comisario ejidal local las tierras comunales para sembrar maíz que necesitan para su subsistencia.